

Palacios, Rodolfo *El Clan Puccio. La historia definitiva.*

Buenos Aires: Planeta, 2015, 256 páginas.

■ Por qué este libro merece una mención entre las reseñas acerca de libros sobre el campo de la Comunicación? No por su construcción, claramente literaria y testimonial, sino porque el abordaje de la historia está hecha por un periodista en el crepúsculo vital de Arquímedes Puccio, cuando se acomodaba a esperar la suerte de todos -dos años antes de su muerte-, acompañado de un pastor evangelista en General Pico, en la provincia de La Pampa.

No son pocos los periodistas que, con excelente pericia como en este caso, se aventuran a uno de los más fenomenales desafíos que puede proponerse una persona ligada a la palabra: el de reconstruir una parte de la Historia. Biografías, sumas testimoniales, investigaciones en textos y periódicos, son parte de la metralleta de estrategias que las mujeres y hombres de la prensa utilizan para revisar memorias individuales o colectivas con el propósito de saldar cuentas con la sociedad contemporánea.

La reconstrucción del macabro y asesino andar del Clan Puccio es más o menos conocido. Se trata de una familia, de clase media, enclavada en un barrio acomodado (San Isidro) de la provincia de Buenos Aires, cuya apariencia formal (cruzada por tradiciones de representación que consagran a la institución familiar como el seno de la paz y el núcleo inicial de la formación de las sociedades modernas) esconde un sino macabro que, al debelarse, deja al descubierto no sólo el engaño de las formas, sino algo más terrible, que aquello de que “cada casa es un mundo” es una constituyente verdad. Y en esta obra, el mundo y submundo son sinónimos siniestros.

La familia es el centro de la escena, pero sobre las tablas está también la banda. Liderada por Arquímedes, asimismo la integraban dos de sus hijos, Alejandro, ex wing del Club Atlético San Isidro (CASI) y de Los Pumas; y Daniel, alias “Maguila”; el militar retirado Rodolfo Franco y sus amigos Guillermo Fernández Laborde y Roberto Oscar Dímaz. Entre 1982 y 1985, la organización secuestró y mató a los jóvenes empresarios Ricardo Manoukian, Eduardo Aulet y Emilio Naum y mantuvo cautiva por más de 30 días a la empresaria Nélide Bollini de Prado.

Algo así como 30 años separan aquel horror de esta boga que ha tomado dimensiones de memoria, en todo el sentido de la palabra. El abordaje del caso por parte de soportes bien diferentes, como el cine y la televisión y el auge que alcanzaron esas producciones permitieron que libros como el de Rodolfo Palacios se tornen de indispensable lectura.

Cabe detenernos en este punto y apuntalarlo desde la perspectiva del “El Homo Videns”, de Giovanni Sartori, cuando plantea la instauración de una cultura audiovisual que genera un estereotipo de la sociedad perfecta.

Esa visión es acerca de la aparición de una nueva sociedad teledirigida, una cultura de la imagen que acota los sentidos, y en consecuencia elude un razonamiento propio de lo que la audiencia observa en esa caja de imágenes. Y, de esa forma, esa audiencia interpreta el mensaje desde su propia sorpresa y no canaliza mayormente su capacidad de indagación por otros medios, ya sea por divulgación o letra impresa.

Entonces, televisión y cine, con toda la rigurosidad profesional que evidencian, no logran en el caso del Clan Puccio que las audiencias logren despojarse de una mirada extrañada de frente a la clave ficcional que plantea el estar de cara a la pantalla, grande o chica, ya que no es un documental lo que se le muestra, sino la adaptación audiovisual de una historia real, pero a la vez, increíble.

El libro de Palacios intuye bien ese espacio y por ahí coloca el plano de lo verdadero, en el que cada palabra genera en el lector la certeza de que allí sí hay un caso real, ahí sí están los integrantes de la familia Puccio y que ahí sí, finalmente, el olor a muerte se cuela desde el sótano a las habitaciones y desde allí a la resonancia argentina.

En el libro de Palacios hay un agregado no menor: la puesta en juego de las circunstancias históricas del sacrilegio humano. Arquímedes es el culpable, pero la situación del país hace que las cosas puedan suceder tal como acontecieron. En definitiva, parece que la crueldad no fuera un paraguas en la mesa de disección, sino una posibilidad concreta de que asesinos e impunidad compartan impunes el espacio y el tiempo.

El autor conoce perfectamente los recorridos por las mentes más intrigantes y siniestras que haya conocido la Argentina de esos años. Es también el autor de libros con historias y perfiles como: Barreda, Robledo Puch, el robo al banco Río, y Yiya Murano, con quien compartió –acaso con precauciones lógicas– un té.

La investigación periodística llevada adelante por Palacios y publicada bajo el género literario *no-ficción* superó el formato escrito y llegó –con grandes éxitos– a otros formatos audiovisuales; quizá también desde ese recorrido se podría ampliar la justificación para su análisis por parte de los estudiantes de la Licenciatura en Comunicación Social.

Paula Pedelaborde
Universidad Nacional de La Plata/Universidad Nacional de La Pampa